QUIPU VIRTUAL

BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 90 18/2/2022

ANTOLOGÍA A CABALLO

ALGUNOS CABALLOS PERUANOS

Aunque todos los équidos provienen de un pequeño y remoto mamífero herbívoro que habitó en América del Norte, el caballo -domesticado en el Asia central hace más de cinco mil años-, llegó al llamado Nuevo Mundo con la conquista hispana. En el Perú, su presencia está documentada desde el arribo de Pizarro y su hueste, con la que trotó por los apreciados caminos del Tahuantinsuyo y alcanzó rápidas victorias, dado el pavor que infundía la caballería. El equino andaluz se aclimató fácilmente y llegó a producir un caballo de paso garboso, que evoca Chabuca Granda en un conocido vals. Aparece también en la poesía peruana, desde los «cuatro caballos / que más no tenía» de la expedición conquistadora descrita por Diego de Silva, hasta los «cuatro caballos y su muerte» que menciona Antonio Cisneros en recuerdo de Túpac Amaru, pasando por los «potros de bárbaros atilas» y otros versos de Vallejo («Esta noche desciendo del caballo...»), Alejandro Romualdo («muerto heroicamente sobre un caballo de madera»), Carlos Germán Belli («Un asno soy ahora y miro a yegua / bocado del caballo y no del asno»), Blanca Varela («a diestra y siniestra potros y hogueras»), Rodolfo Hinostroza («La memoria se posa sobre un campo de trigo / y los caballos trotan en medio de la era»), Marco Martos («hay un caballo negro que aparece en los cielos») y, en tiempos recientes, de Mario Montalbetti («puede haber un caballo puede no haber un caballo al final de la parábola no hay un caballo»), Oswaldo Chanove («en la puerta la esperaba un caballo y una llanura») o Rossella di Paolo («y el caballo venido desde el mar tasca cauteloso»), entre muchas menciones y alusiones. Un canto de José Santo Chocano, del que publicamos un fragmento, marca el inicio de los poemas antologados que lo tienen como protagonista. Alonso Ruiz Rosas

José Santos Chocano

LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales...

{...}

Se diría una epopeya
de caballos singulares
que a manera de hipogrifos desolados
o cual río que se cuelga de los Andes,
llegan todos sudorosos, empolvados,
jadeantes,
de unas tierras nunca vistas,
a otras tierras conquistables.
Y de súbito, espantados por un cuerno
que se hincha con soplido de huracanes,
dan nerviosos un soplido tan
profundo,
que parece que quisiera perpetuarse.
Y en las pampas y confines
ven las tristes lejanías
y remontan las edades
y se sienten atraídos
por los nuevos horizontes:
se aglomeran, piafan, soplan, y se
pierden al escape.

Detrás de ellos, una nube,
que es la nube de la gloria,
se levanta por los aires.

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

En *Alma América*, 1906

José María Eguren

EL CABALLO

Viene por las calles,
a la luna parva,
un caballo muerto
en antigua batalla.

Sus cascos sombríos...
trepida, resbala;
da un hosco relincho,
con sus voces lejanas.

En la plúmbea esquina
de la barricada,
con ojos vacíos
y con horror, se para.

Más tarde se escuchan
sus lentas pisadas,
por vías desiertas
y por ruinosas plazas.

En *La canción de las figuras*, 1916

Jorge Eduadro Eileson

LOS CABALLOS LLEGARON AL ALBA...

Los caballos llegaron al alba
La gente se despertó llorando
Y salió desnuda a la calle
Los caballos pasaron delante de ella
Como una llamarada
Sus divinas crines eran humo
Y su relincho centellas. La gente
Se arrodilló ante ellos
Como si hubiera visto pasar
Una estrella y les pidió clemencia
Pero ya era tarde. Todo
se había vuelto caballo
Es decir destello

En *Sin título*, 2000

Wáshington Delgado

UN CABALLO EN CASA

Guardo un caballo en mi casa.
De día patea el suelo
junto a la cocina.
De noche duerme al pie de mi cama.
Con su boñiga y sus relinchos
hace incómoda la vida
en una casa pequeña.
¿Pero qué otra cosa puedo hacer
mientras camino hacia la muerte
en un mundo al borde del abismo?
¿Qué otra cosa sino guardar este caballo
como pálida sombra de los prados abiertos
bajo el aire libre?
En la ciudad muerta y anónima,
entre los muertos sin nombre, yo camino
como un muerto más.
Las gentes me miran o no me miran,
tropiezan conmigo y se disculpan
o me maldicen y no saben
que guardo un caballo en mi casa.
En la noche, acaricio sus crines
y le doy un trozo de azúcar,
como en las películas.
Él me mira blandamente, unas lágrimas
parecen a punto de caer de sus ojos
redondos.
Es el humo de la cocina o tal vez
le desespera vivir en un patio
de veinte metros cuadrados
o dormir en una alcoba
con piso de madera.
A veces pienso
que debería dejarlo irse libremente
en busca de su propia muerte.
¿Y los prados lejanos
sin lo cuales yo no podría vivir?
Guardo un caballo en mi casa
desesperadamente encadenado
a mis sueños de libertad.

En *Historia de Artidoro*, 1994

Jorge Pimentel

BALADA PARA UN CABALLO

Por estas calles camino yo y todos los que humanamente
caminan
por esencia me siento un completo animal, un caballo
salvaje
que trota por la ciudad alocadamente sudoroso que va
pensando
muy triste en ti muy dulce en ti, mis cascos dan contra
el cemento de las calles. Troto y todo el mundo trata
de cercarme, me lanzan piedras y me lanzan sogas
por el cuello, sogas por las patas, me tienden toda clase
de trampas, en un laberinto endemoniado donde los
hombres
arman expediciones para darme caza armados de perros
policías
y con linternas, y cuando esto sucede mis venas se hinchan
y parto a la carrera a una velocidad jamás igualada
por los hombres, vuelo en el viento y vuelo en el polvo.
Visiones maravillosas aparecen ante mis ojos. Y vuelo
y vuelo. Mis extremidades delanteras ejercen presión
sobre las traseras y paralelamente y a un mismo ritmo
antes de asentarse en el polvo retumban en la tierra.
Relincho. Y mi cuerpo va tomando una hermosísima
elasticidad
me crecen pelos en el pecho y es un pasto rumoroso
el que se ondea y es una música y es un torbellino
de presiones que avanzan y retroceden en mi vuelo. Atrás
van quedando millares de kilómetros y sigo libre. Libre
en estos bosques dormidos que despierto con el sonido
de mis cascos. Piso la mala hierba y riego mis orines
calientes, hirviendo en una como especie de arenilla.
Descanso a mis anchas, bebo el agua de los ríos, muerdo
hierba,
tallos, rumio. Mis mandíbulas se ejercitan. Muevo mi
larga cola
espantando a los mosquitos. Los guardacaballos vigilan
desde la copa de los árboles. Caen las hojas secas.
Los días se suceden y suelo dar suaves galopes hacia la vida.
En invierno los senderos se hacen tortuosos; el fango
todo lo invade.
Para el frío utilizo cabañas abandonadas, cuevas en los cerros
que me resguarden de las tormentas. Yo observo la lluvia
desde mi cueva. Cae la lluvia y todo lo moja. Con este
tiempo
suelo galopar poco cuidándome de un desgarramiento.
Muchas veces me siento solo y llego hasta los helechos
de los ríos para pensar muy dulce en ti muy triste en ti
y voy galopando bordeando el río añorando alguna yegua
que llegó a correr en pareja conmigo. A veces los niños
que vagan sueltos por las campiñas mientras sus padres
realizan tareas de recolección o labranza me montan a pelo
y solemos recorrer ciertas distancias, ganando los años,
aumentándolos. De ellos sí recibo algún trozo de azúcar.
En el verano el sol se pone rojo y se hace presente con su
alegría
y los habitantes de los bosques y campos suelen saludarme
con el sombrero y con la mano. Yo les contesto con un
relincho
parándome en dos patas. Y con la luz solar que todo lo
invade
suelo dar galopes hacia la vida. Allí
donde mi presencia es esperada me hago realidad.
Allí donde ni un sueño se revela me hago realidad
me hago realidad en esos ojos que están cansados
de ver las mismas cosas. Y es en verano cuando la vida
se enciende y mis cascos recogen la hermosura de la tarde
y asciendo a las cumbres donde diviso extensiones
de mar de cielo de tierra.
Mi figura domina la naturaleza.
Cruza por el cielo un escuadrón de tórtolas.
Cae la noche.
Mi sombra se recobra.
Las ramas crujen.
Y por un instante pensé muy triste en ti muy dulce en ti.
Cae la noche en estos bosques, pareciera que la tierra
se difunde con la noche se propaga se manifiesta.
Y toda la noche he ido creciendo. Y crecía y crecía
aún más aún más ¿hasta dónde crecerás?
¿No tienes miedo? No, contesté. Soy libre.
El día, el nuevo día como algo fresco se anuncia solo.
Por esta época del año suelen cruzar manadas
de caballos ahuyentados y en busca de nuevos campos.
Recuerdo que logré darles alcance y me contaron
que lograron salvarse de una cacería emprendida
contra ellos para mandarlos a vivir a un potrero
y que luego de ser sometidos al cubo de agua
y a la alfalfa son obligados en los hipódromos
a correr distancias de 1,000, 2,500, 5,000 mts.
y no eres libre de correr sino que te dopan te colocan
descargas eléctricas, te manosean, te latigan
con una fusta despellejándote. Y así durante
un buen tiempo mientras ves acumuladas alforjas
de oro y plata. Hasta que llegue el momento de ser
sometido a la reproducción arrinconándote a una yegua
a la vista y paciencia de todos, sin intimidad
en una mañana de tinieblas y poca luz y luego
te separarán de tu yegua y potranco y pasarás
tus años inmisericorde como padrillo viejo y cuando
manques te dispararán un balazo en la sien. Ya
había galopado un buen trecho con la manada
que huía despavorida y me dijeron que probablemente
para el invierno pasarían por aquí para ir más
al norte. Y se alejaron a la carrera. Yo sabía
lo que le sucede a un caballo en la ciudad. Y
por ello me mantengo alejado de ella. Pero a veces
me interno y sucede lo que tiene que suceder. Pero si yo
me rebelo y persisto y amo terriblemente mis posibilidades
de realizarme en un medio donde la civilización se mata
y permanecen odios, prefijo ser caballo. Mojaré
la tierra con mis orines calientes hirviendo con estas ganas
inmensas de vivir y me uniré a las manadas para galopar
hacia la vida, para mantenernos unidos y vencer,
para no estar solos, para volvernos verdes-azules-amarillos
anaranjados-rojos y trotar hacia el nuevo aire fresco
y el campo sin límites.
Seré libre así y al menos mis guardacaballos cuidarán de mí
y de mi yegua
y de mi potranco.

En *Ave soul,* 1973

José Santos Chocano (Lima, 1875-Santiago de Chile, 1934) representó el modernismo en el Perú, José María Eguren (Lima 1874-1942) fue nuestro primer simbolista, J. E. Eielson (Lima,1924-Milán, 2006) y Wáshington Delgado (Cuzco,1927-Lima, 2003) forman parte de la renovadora "generación del cincuenta" y Jorge Pimentel (Lima, 1944) fue fundador del movimiento *Hora Zero*.

En la portada: ilustración de Issa Watanabe, 2020.

El RÍO DE CHONON BENSHO

El XII Concurso Nacional de Pintura, que convoca anualmente el Banco Central de Reserva del Perú a través de su Museo Central (Mucen), ha otorgado en días pasados el primer premio a la joven artista amazónica Chonon Bensho por su obra *Inin Paro* (El río de los perfumes medicinales), en cuya delicada elaboración combina técnicas tradicionales de bordado sobre tocuyo.

Chonon Bensho (Santa Clara de Yarinacocha, Pucallpa, 1993) procede del pueblo shipibo-konibo, que se halla repartido en la región de Ucayali. Heredera de las tradiciones y conocimientos ancestrales de su comunidad, en la que sobresalen los apreciados diseños *kené* -armoniosos laberintos geométricos que condensan su cosmovisión y son trabajados por mujeres artistas y artesanas-, Chonon Bensho siguió estudios en la Escuela de Formación Artística Eduardo Meza Saravia de Pucallpa. Obtuvo allí su licenciatura con una investigación en torno, precisamente, a los mencionados diseños y ha venido trabajando en los últimos años en una búsqueda personal, en la que explora sus raíces y va incorporando, en una suerte de nuevo mestizaje contemporáneo, otras técnicas y soportes plásticos.

I. Aramburu

La artista expuso a fines de 2021 en el festival multidisciplinario *Culturescapes*, realizado en Basilea y otras ciudades de Suiza, y viene con este premio a reafirmarse como una de las sobresalientes creadoras del vigoroso movimiento que, en los últimos años, emerge de los bosques y las ciudades de la Amazonía y constituye acaso el capítulo más novedoso del arte contemporáneo en nuestro país. El jurado del premio estuvo integrado por Claudia Coca, Ángela Delgado, Augusto del Valle, Natalia Majluf y Moico Yaker, quienes decidieron otorgar el segundo puesto al pintor Iosu Aramburu por su óleo *Jueves 17 de abril de 1930*.

AGENDA

ARTE POPULAR DEL PERÚ EN LA HABANA

Dentro de las actividades conmemorativas por el Bicentenario de la Independencia del Perú, la Casa de las Américas de Cuba publicó hace pocos meses un vistoso volumen que lleva por título *Arte popular peruano* y muestra buena parte de las piezas que, en 1968, la coleccionista Alicia Bustamante Vernal donó a la institución cubana y que fueron llevadas a La Habana por su hermana Celia -primera esposa del escritor José María Arguedas-, en 1972. En el prólogo de esta publicación, patrocinada también por la Embajada del Perú, Guido Toro Cornejo, entonces embajador, señala que «los vínculos más duraderos e intensos entre dos pueblos se consiguen a través del conocimiento mutuo y del intercambio cultural, al margen de las circunstancias y coyunturas políticas». Pinturas del también ceramista Hilario Mendívil, cruces de hojalata policromada, iglesias de cerámica de Quinua, retablos de Joaquín López Antay, toros vidriados de Pucará, mates burilados de Huancayo, máscaras de la *chonguinada* de Jauja, mascaritas puneñas y otras piezas del vasto repertorio nacional forman parte de este legado andino que se conserva a orilla del mar Caribe.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES

CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe